



Homilía en la Santa Misa en la fiesta de Santa Clara de Asís Iglesia de Santo Domingo (Soria) – 11 de agosto de 2020

Saludo a los sacerdotes concelebrantes, especialmente a los PP. Franciscanos; a las Hermanas Pobres de Santa Clara de este Monasterio de Santo Domingo de Soria; queridos hermanos todos en el Señor:

Comienzo estas palabras con una referencia al Año Dominicano que acaba de ser inaugurado el pasado sábado 8 de agosto con la presencia del Sr. Nuncio en España, Mons. Bernardito Auza. No es un año jubilar como el que tuvo lugar aquí desde el 11 de agosto de 2017 al 11 de agosto de 2018, con motivo de los 75 años continuados de Adoración Eucarística en este Monasterio con la posibilidad de ganar la indulgencia plenaria. Pero es un año que busca el conocimiento de esta figura universal de la Iglesia como fue Santo Domingo de Guzmán, el incremento de la devoción a la Virgen María y el compromiso de todo el Pueblo de Dios por un mejor afán evangelizador. Pido encarecidamente a las comunidades de vida contemplativa, en concreto a vosotras, Hermanas Clarisas de este Monasterio, que desde hoy en la oración personal y litúrgica, tengáis en cuenta este Año especial y roguéis al Señor por los frutos de este Año que, aunque no es jubilar, es para toda la Diócesis.

A Santo Domingo de Guzmán se le atribuye que dedicó su vida a hablar con Dios o de Dios. Es decir, dedicado todo su tiempo a la oración o a la predicación. Hablar con Dios en la oración o hablar de Dios con la predicación. La vida contemplativa se dedica especialmente a hablar con Dios, es decir, a la oración, a la contemplación del misterio de la Trinidad. Este Monasterio, además, con una peculiaridad: la Venerable Madre Clara vio la necesidad de tener expuesto permanentemente el Santísimo Sacramento en su comunidad. Así desde el 11 de agosto de 1942 Jesús Eucaristía es adorado día y noche, ofreciendo a los fieles de la ciudad de Soria la posibilidad de encontrar paz y consuelo en este templo ante el Señor Eucaristía.

Pero sería un error pensar que el hablar con Dios no lleva consigo el hablar de Dios a los demás, que contemplación y evangelización son dos momentos estancos de la vida cristiana. No es así: en la oración hablamos con Dios del mundo y de la Iglesia: de sus problemas, de sus dificultades, de sus anhelos. Y al hablar de Dios a los hombres estamos contribuyendo a que el Espíritu Santo transforme nuestra propia vida y la de los demás.

La vida consagrada lleva en sí misma un impulso evangelizador al anticipar el Reino de Dios con la vivencia de la pobreza, de la obediencia y de la vida en común. Es una fuerza evangelizadora la del testimonio que arrastra los corazones de los hombres hacia Jesús. *Perfectae Caritatis*, el Decreto del Concilio Vaticano II sobre la renovación de la

vida religiosa, en el número 7 dedicado a los Institutos permanentes contemplativos, dice que a través *“del silencio, de la oración constante y de la austera penitencia... enriquecen al Pueblo de Dios con frutos esplendidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa”*.

La Liturgia de las Horas, en la introducción a la fiesta que hoy celebramos y a modo de resumen, afirma de Santa Clara que *“su vida fue de gran austeridad pero rica en obras de caridad y piedad”*. Y en una carta que Clara escribe a Santa Inés de Praga invita a mirarse en el espejo donde brilla la dichosa pobreza, la santa humildad y la inefable caridad. Ese espejo es Jesucristo. Sólo mirándonos en Jesucristo podremos llenar nuestra vida y ser evangelizadores con pobreza, con humildad y con caridad. Es la conversión pastoral a la que nos llama el Papa Francisco en su escrito programático *Evangelii Gaudium*. No son principalmente los métodos, las técnicas y las programaciones las que traerán la nueva evangelización sino el seguimiento de Jesús al estilo de Santa Clara, de San Francisco y de Santo Domingo.

Permitidme que insista en esa carta a Santa Inés de Praga. No pasa desapercibido que la pobreza, la humildad y la caridad (vestido y adorno del cristiano) llevan unos adjetivos: **dichosa** pobreza, **santa** humildad e **inefable** caridad. Sólo así se puede anunciar el Evangelio con verdad siguiendo el estilo de los grandes santos. El arte ha representado a San Francisco y a Santo Domingo sujetando la Iglesia. Según la tradición, el Papa Inocencio III vio en un sueño que la Iglesia estaba a punto de caerse y que llegaban dos hombres, Santo Domingo y San Francisco, los cuales sujetaban con el hombro el edificio de la Iglesia para que no se cayera. Siempre nos acecha esa pregunta que los discípulos hacen a Jesús en el Evangelio: *“¿Quién es el más importante?”* (cfr. Mt 18, 1). Nos fascina estar por encima de los demás, ser quien dispone cómo tienen que hacerse las cosas, conseguir poder y dominio... Y Jesús, poniendo un niño en medio, se dirigió a sus discípulos y ahora a nosotros: *“Si no os convertís y os hacéis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos”* (Mt 18, 3). El horizonte de todo bautizado, del presbiterio diocesano, de esta comunidad de vida contemplativa no es lograr ser el más importante sino buscar la oveja perdida y recogerla en la comunión.

Queridas hermanas clarisas, hermanos todos: El mundo nos urge a ser unos cristianos místicos. Se atribuye al teólogo jesuita Karl Rahner que el cristiano del siglo XXI será un místico o no será cristiano. Sólo desde el sentirse amado por Dios y el amor de Dios podemos ser testigos de Cristo en nuestro mundo. Que Santa Clara os bendiga con todas las bendiciones del Padre de las misericordias. Amén.

✠ **Abilio Martínez Varea**
Obispo de Osma-Soria